



La Amarga Lección de la Falta de Preparación

Mayor George C. Marshall, hijo, Ejército de EE.UU.

El discurso que pronunció Marshall en 1923, fue citado en su totalidad por el Congresista de Missouri, Ike Skelton, quien habló sobre el "Futuro de los militares estadounidenses", en la primera sesión que celebró el 105º Congreso de los EE.UU., el 28 de abril de 1997, y que está impreso en la publicación número 52 del volumen número 143. Este discurso fue pronunciado por primera vez en la reunión anual de las Escuelas Militares y Asociación de Colegios Universitarios en marzo de 1923 y originalmente apareció en "Factors Contributing to Morale and Esprit de Corps" (Factores que contribuyen a la moral y al espíritu de cuerpo) por el general L. R. Ginilliat en 1923. Editor.

Señor Presidente y caballeros:

Esta tarde, debo pedirles su indulgencia porque hasta que el general Gignilliat me pidió dar esta charla ya bien avanzada la mañana, yo no tenía idea que iba a participar en esta reunión. Estoy seguro que ustedes, caballeros, tienen interés en la Defensa Nacional, y me gustaría charlar con ustedes por unos cuantos minutos respecto al efecto de las historias de nuestra escuela sobre este tema.

El Ejército, que es el brazo primordial del cual dependemos para defender al país, apenas si puede llamarse el resultado de un crecimiento lento. Los antecedentes del mismo son una serie de altas y bajas, un historial continuo de vicisitudes, con las cuales se han familiarizado en años recientes, pero no puedo creer que muchas personas comprendan o estén al tanto de lo que ha acontecido en el pasado, porque parece improbable que lo que ha ocurrido debería continuar su curso si nuestros ciudadanos conocieran estos hechos.

Al remontarnos al pasado de la historia del grupo adscrito de infantería del Ejército Regular, encontramos que desde el nacimiento de este país, a dicho gru-

po se le aumentaron sus efectivos y asimismo, se le redujo drásticamente con regularidad un tanto monótona. Inmediatamente después de la Guerra Revolucionaria, el grupo de 80 hombres aumentó casi de inmediato a dieciséis regimientos de infantería, tantos regimientos de infantería como tenemos hoy en día. En 1798, dos años después, el Ejército quedó reducido a ocho regimientos. Aumentó durante la guerra de 1812, el Ejército de nuevo aumentó bastante pero poco tiempo después se le redujo. Y no me refiero aquí a un ejército temporal, sino al Ejército Regular. Durante la Guerra Mexicana, de triplicar sus efectivos, pero casi al instante vino la inevitable reducción. En los primeros meses de la Guerra Civil, el Ejército Regular aumentó de nuevo de ocho a dieciséis regimientos. Pero lo extraño de esta política ocurrió en 1866. La guerra había terminado para ese entonces, no obstante, la infantería fue aumentada a cuarenta y seis regimientos, y unos años más tarde, repentinamente la misma infantería fue reducida a 25. Con este grueso de Ejército, entramos a la guerra contra España. En 1901, este número aumentó a treinta regimientos. Justo antes de entrar a la Primera Guerra Mundial, el Congreso de los EE.UU. estipuló que el número de regimientos del Ejército debía ser de treinta y cinco regimientos. A partir de esa fecha, no podemos obtener un número exacto, porque el Congreso modificó su *modus operandi*. En lugar de autorizar regimientos, autorizó personal.

Al terminar la Primera Guerra Mundial en el verano de 1920, teníamos 285,000 hombres al servicio de las Armas. Nueve meses más tarde, este número se redujo a 175,000. Tres meses después, hubo un recorte, lo que redujo al Ejército a 150,000; y al transcurrir seis meses, se volvió a recortar el Ejército, lo que dejó el número de personal en 125,000. Y justo por un ápice concluimos el período de este Congreso sin hacer más recortes dejando el número en 75,000.

Al buscar las razones para explicar esta inconsistencia, tal parece que al terminar la guerra, las ideas de todo ciudadano estadounidense se concentraron en las tragedias implicadas en las lecciones acabadas de aprender y en el costo excesivo de la guerra en términos de vidas humanas y dinero. De manera que el Congreso, con el respaldo masivo de la opinión pública, determinó que debemos prepararnos adecuadamente para el futuro, y conforme a tal determinación, creó una ley bien ideada para este propósito expreso. Sin embargo, en unos cuantos meses, la opinión pública se escapó de las tragedias de la guerra y de las razones de la misma, y se obsesionó con la magnitud de la deuda pública y el problema sobre cómo reducir tal deuda. Olvidando casi de inmediato la amarga lección de la falta de preparación, el público exigió, a la vez que se aseguró, que se hicieran recortes en el personal del Ejército, que los representantes de este público habían aumentado por razones muy evidentes.

Para mí, y me atrevo a sugerir que también para todos ustedes, el aspecto más sobresaliente de este procedimiento consiste en que tanto los aumentos como los recortes de personal se deberían llevar a cabo una vez concluida la guerra y todo dentro de un corto tiempo, que pueda medirse en términos de meses. Un recorte de personal después de alcanzar la paz resulta fácil de comprender, no obstante, resulta más difícil comprender la combinación de dos políticas diametralmente opuestas.

Al buscar las razones para explicar esta inconsistencia, tal parece que al terminar la guerra, las ideas de todo ciudadano estadounidense se concentraron en las tragedias implicadas en las lecciones acabadas de aprender y en el costo excesivo de la guerra en términos de vidas humanas y dinero. De manera que el Congreso, con el respaldo masivo de la opinión pública, determinó que debemos prepararnos adecuadamente para el futuro, y conforme a tal determinación, creó una ley bien ideada para este propósito expreso. Sin embargo, en unos cuantos meses, la opinión pública se escapó de las tragedias de la guerra y de las razones de la misma, y se obsesionó con la magnitud de la deuda pública y el problema sobre cómo reducir tal deuda. Olvidando casi de inmediato la amarga lección de la falta de preparación, el público exigió, a la vez que se aseguró, que se hicieran recortes en el personal del Ejército, que los representantes de este público habían aumentado por razones muy evidentes. Luego lo que ha ocurrido recientemente tiene muchos antecedentes del pasado. Hay numerosas ramificaciones de la misma naturaleza, pero el hecho asombroso es que somos constantes en seguir un ciclo regular en tomar y revocar medidas para la Defensa Nacional. Comenzamos por tomar los pasos necesarios y luego giramos abruptamente en dirección contraria y destruimos lo que acaba de hacerse.

La investigación cuidadosa lleva a la creencia de que este curso de acción ilógica es el resultado de nuestras ineptitudes como consecuencia de nuestras historias escolares en lo pertinente a la historia de nuestras guerras, y hasta cierto punto, en lo referente a la manera en que se enseña la historia. Durante los últimos meses, el Departamento de la Guerra ha estado interesado en lo que se haría para corregir los yerros contenidos en los textos escolares que se publican hoy en día. Naturalmente, éste es un asunto que debe manejarse con sumo cuidado. El Departamento no se inclina con facilidad a tomar cualquier acción positiva, porque de inmediato el Ejército quedaría sujeto a juicios del público que manifestaría que el Ejército está tratando de crear una opinión pública militarista. Además, los comentarios de los libros en existencia probablemente despertarían la animosidad de las casas de publicación, y especialmente, de los autores.

Tras una conversación entre el general Pershing y un editor prominente, varias de las historias escolares más recientes fueron presentadas a la Sección Histórica de la Escuela de Guerra, y cada una de ellas fue revisada por un número de oficiales especialmente calificados para ello. Una vez que estos estudios fueron recopilados y asimilados, se concluyó que lo ocurrido en el pasado, estaba por repetirse. Una lectura de estos comentarios convence a cualquier persona que nuestra historia militar probablemente volverá a pasar por otra transformación.

Es evidente que ustedes desearán cambiar impresiones respecto a la Ley de Defensa Nacional ahora en vigencia tanto como les sea posible y sobre el programa de educación militar que se ha suministrado al personal del Centro de Preparación de Oficiales de la Reserva, no obstante repetiremos nuestros errores del pasado a no ser que la opinión pública en estos asuntos

¿Qué se ha enseñado a los jóvenes estadounidenses de la Guerra de 1812? ¿Que esta guerra figura como una de las páginas más infames en los anales de nuestra historia, que es maravillosa en el mar, espléndida en Nueva Orleans, pero en casi todo lo demás, una serie de grandes fracasos e incidentes humillantes? ¿Han pensado ustedes en algo semejante? En la Guerra Mexicana, las operaciones de nuestros ejércitos se ejecutaron en forma muy ordenada, gracias al tiempo permitido para prepararse. No obstante, yo dudo que haya más de unas cuantas personas que sepan que tras la captura de Veracruz, el Ejército del general Scott que se preparaba para entrar a la Ciudad de México, se encontraba casi diezmado e incapacitado por la política del Gobierno de los EE.UU. que permitió que un número considerable de los voluntarios lograran que se les asegurara que recibirían su bajas y regresarían a sus hogares.

dependa, en gran medida, de lo que se ha escrito sobre nuestras historias, salvo por los meses transcurridos inmediatamente después que haya transcurrido una calamidad nacional, por ejemplo, la Guerra Mundial. No tiene objetivo que el Departamento de la Guerra intente impresionar al Congreso con algo con lo que la opinión pública no está de acuerdo.

Cuando un joven va a la escuela, va a estudiar historia. De ahí en adelante, creo que menos del cinco por ciento de los hombres del país continúan este estudio. Caballeros, ustedes son de una clase aparte, y si no conocen los hechos importantes de nuestra historia militar, verdaderamente ninguna otra clase de hombre los conocerá. La impresión duradera del ciudadano estadounidense sobre lo ocurrido en el pasado, es la que éste recoge de su historia escolar. Recuerdo haber estudiado *American History* (Historia de los EE.UU.) de Barnes, y creo que aún abrigo el mismo sentimiento de ese entonces con respecto a la nación inglesa y al Ejército Británico, así representado en los días de la Guerra Revolucionaria. En el desempeño de mis funciones presentes, se me ha hecho necesario aprender algo de los hechos reales de este tema que yo he encontrado que a menudo contrasta admirablemente con muchas de las ideas que el señor Barnes implantó en mi mente.

Caballeros, ustedes, sin duda alguna, están familiarizados con la mayor parte de estos hechos, pero creo que hay algunos que ustedes aún desconocen. Ciertamente, el hombre promedio desconoce las dificultades que nuestros líderes militares han tenido que afrontar. Tomemos por ejemplo la historia de la Guerra Revolucionaria; me hago la idea que hoy en día hay muy pocos hombres que tienen una idea somera de los problemas que afrontó Washington en mantener su Ejército Revolucionario, de cuáles eran esos problemas y las causas que los originaban. Virtualmente las mismas dificultades comenzaron a surgir en la historia de nuestro Ejército y con igual razón por su reparación. ¿Se ha dado al va-

rón común y corriente una idea de las lecciones de estos incidentes?

¿Qué se ha enseñado a los jóvenes estadounidenses de la Guerra de 1812? ¿Que esta guerra figura como una de las páginas más infames en los anales de nuestra historia, que es maravillosa en el mar, espléndida en Nueva Orleans, pero en casi todo lo demás, una serie de grandes fracasos e incidentes humillantes? ¿Han pensado ustedes en algo semejante? En la Guerra Mexicana, las operaciones de nuestros ejércitos se ejecutaron en forma muy ordenada, gracias al tiempo permitido para prepararse. No obstante, yo dudo que haya más de unas cuantas personas que sepan que tras la captura de Veracruz, el Ejército del general Scott que se preparaba para entrar a la Ciudad de México, se encontraba casi diezmado e incapacitado por la política del Gobierno de los EE.UU. que permitió que un número considerable de los voluntarios lograran que se les asegurara que recibirían su bajas y regresarían a sus hogares. Se ha argumentado que este grupo de acción tenía la intención de desterrar cualquier aspiración política del general Scott. No obstante, fue un Ejército estadounidense en tierra extranjera lejos de la madre patria, que se vio impedido de esta forma.

Encontramos casi una repetición exacta de este incidente en Las Filipinas en 1809, cuando la obligación del Gobierno de retornar las tropas formadas por voluntarios estatales a la madre patria, dejó una fuerza pequeña del Ejército Regular sitiada en Manila hasta cuando el Ejército logró reclutar grupos de voluntarios en los EE.UU. y enviarlos a 7.000 millas de distancia para que apoyaran al Ejército regular. Desconocemos cuán reñidas con la posibilidad de una tragedia nacional eran estas circunstancias. Piensen cuál hubiera sido el resultado si nuestro adversario hubiera sido competente y nos hubiera hecho pagar el castigo por esa política tan errada.

Hasta recientemente la Guerra Civil formó la mayor parte de nuestros antecedentes militares. Cuando uste-



Las fuerzas estadounidenses avanzan en dirección a Argonne, hacia el final de la I Guerra Mundial en el año 1918.

Foto: Ejército de EE.UU.

des estudiaron la historia de esa época ¿concentraron su atención en llegar a cualquier conclusión? En cuanto a la razón de ello, el Norte, por ejemplo, pasó por tantas dificultades y enfrentó varios fracasos al comienzo de la guerra, y el Sur, ¿fue tan uniforme en obtener tantos triunfos? Hay razones muy definitivas para ello y por tanto, muchas lecciones que aprender, pero cuando el otrora muchacho de escuela deposita su voto en las urnas o le toque representar a su distrito en el Congreso de los EE.UU., debe, por principio, basar sus acciones en las premisas falsas y engañosas.

En los EE.UU., las historias populares de la Guerra Mundial le causarán pánico a un lector alemán. Es probable que el lector piense que está leyendo de otras guerras en las que su país no tomó parte. Me aventuraré a afirmar que todo joven egresado de nuestras escuelas públicas ya sabe que ha transcurrido un año antes de que los soldados estadounidenses lanzaran su primer ataque contra el enemigo; para cada joven que posee tal información, habrá mil cuya atención no se concentra en esto, pero que puede decir con precisión la fecha exacta en que entramos a la guerra. Esto pareciera un asunto de poca importancia, pero tendrá un efecto definitivo en cada párrafo de legislación redactada con miras a la Defensa Nacional.

Hablamos de Valley Forge en los días de la Revolución, y no nos damos cuenta que los soldados estadounidenses pasaron por algo semejante a Valley Forge cuando estaban destacados en Francia en el otoño de 1917. He visto muchos soldados de la primera división sin zapatos y con los pies envueltos en sacos de yute, que marchaban diez o quince kilómetros a través del hielo y la nieve. Ustedes no tienen que volver a las filas

del Ejército de Washington en Valley Forge para pasar una época de dificultades por la falta de preparación. Vi muchos caballos de la primera división que cayeron muertos sobre el campo por inanición, al punto que tuvimos que concluir los movimientos en que tomaban parte. Una noche, recuerdo que al cuartel de la división se le notificó que las tropas en una aldea contigua no tenían raciones y los animales estaban muy débiles para acarrear los materiales necesarios. El quid de esta situación consistía en determinar lo que debía hacerse: hacer marchar a las tropas en busca de las raciones y dejar que los animales perecieran u obtener otro medio de transporte. Eso fue en el otoño de 1917. Era un tema de escasa importancia, pero demuestra la condición general del Servicio armado, es decir, la falta de preparación con que entramos a la guerra, y fue sólo la ayuda de nuestros aliados que mantuvieron al enemigo a raya por más de un año, lo que nos permitió combatir las batallas victoriosas que dieron fin a la guerra. El joven estudiante aprende que al final logramos triunfar, pero se le previno para que no descubriera cuán escaso era el margen de nuestro triunfo. Tal parece que la buena suerte siempre nos ha acompañado y las circunstancias consiguientes parecen testificar lo que afirmaba Bismarck que “Dios cuida a los tontos y a los EE.UU.”

Uno de estos días, ahora que somos una potencia, si no la más predominante en el mundo, tendremos que quedar bien sin la ayuda de nuestros aliados, del tiempo o de circunstancias fortuitas.

Tal parece que hay una conspiración para omitir los hechos pertinentes o las lecciones de nuestra historia militar que han de preparar al joven para que llegue a ser un ciudadano inteligente y al tanto de sus derechos y

deberes como votante o legislador. Mientras éste sea el caso, continuaremos una serie de errores de los que ya les he hablado anteriormente.

El estudio de la historia antigua revela numerosas ocurrencias que tienen igual paralelo en los tiempos de hoy en día. Tiene que haber alguna lección que aprender de todo esto. Por ejemplo, el general Pershing recientemente recalcó que en 1919, mientras la Conferencia de Paz se celebraba en París y se dedicaba a preparar el tratado que nosotros no aceptamos, había soldados ingleses en Colonia, los soldados estadounidenses se encontraban en Coblenza, y los franceses estaban en Mayenne, y una reserva general en Treveris, (este era el propio cuartel general del general Pershing). Mil ochocientos años antes, durante un período de paz prolongado, las legiones romanas estaban acantonadas en Colonia, Coblenza y Mayenne y contaban con una reserva de 10.000 unidades en Treveris. Este escenario era idéntico al despliegue reciente de las tropas aliadas a lo largo del río Rin. Debe haber alguna lección que se obtendrá de esta repetición de la historia, que sea de mucho mayor impacto que una colección de recuerdos de la fecha en que se firmó el Tratado de Paz.

La vez pasada tuve la oportunidad de buscar información respecto a Phillip Sheridan, quien era uno de los cinco generales del Ejército, entre éstos figura más recientemente el general Pershing, mientras que el general Washington fue el primero de este grupo de cinco. Tras dar con la información, me adentré en la lectura y me encontré con algo que para mí era una coincidencia de gran significado.

Después de la Guerra Civil, el general Sheridan fue trasladado para observar las operaciones del Ejército Prusiano en la Guerra Franco-Prusiana. Sheridan se unió a la plana mayor del emperador Guillermo, al oeste de Metz en vísperas de la Batalla de Gravelotte. El día después de este combate, mientras se desplazaba en el carruaje de Bismarck, Pershing atravesó Pont-á-Mousson. Esta población constituía el flanco derecho del Ejército americano en la Operación *Saint Mihiel*. Girando en dirección al oeste, Bismarck y Sheridan viajaron hasta Commercy, donde pasaron la noche. Siguieron la misma ruta de las tropas estadounidenses a

quienes en ese entonces se les trasladaba desde el frente de Saint Mihiel al Meuse-Argonne. De Commercy, Sheridan pasó a Bar-le-Duc, y es aquí cuando describe cómo él se mantuvo de pie en un pórtico de esa población y vio a los bávaros desfilar por la Plaza Central cuando se encaminaban al norte en dirección a Argonne, con miras a organizar una gran maniobra para acorralar al Ejército francés en la frontera belga. Las tropas estadounidenses siguieron esta misma ruta y giraron en igual dirección —al norte—, y resulta que me tocó verlos atravesar la Plaza Central de Bar-le-Duc. En compañía de Bismarck, Sheridan se dirigió al norte en dirección a Clermont, siguiendo el eje principal del movimiento avanzado que siguió el Ejército estadounidense en septiembre de 1918. Tras hospedarse en esa aldea por una noche, avanzaron por una serie de poblaciones, que más tarde serían capturadas por las tropas estadounidenses que provenían de Bismarck, y quienes se alojaron en Grandpre en el otro extremo del bosque de Argonne.

He aquí una coincidencia digna de mención. El general Sheridan describe cómo él se dirigió desde Grandpré, atravesó el bosque de Dieulet en dirección a Beaumont, donde esa misma mañana, una división francesa fue sorprendida y capturada por los alemanes, ésta era la fase inicial de la Batalla de Sedan. Nuestra segunda división atravesó ese bosque idéntico de noche y sorprendió a los alemanes cuando se dedicaban a llamar a lista durante las primeras horas de la mañana en las calles de Beaumont.

Acompañaba al grupo del emperador Guillermo, el general Sheridan quien se dirigió apresuradamente a Wadelincourt, y desde lo alto de una colina cercana avistó Meuse desde donde divisó al Ejército Francés que se encontraba acorralado en Sedan pero que aún no había sido capturado. El 7 de noviembre de 1918, un batallón de la 16ª Infantería estadounidense avanzó hasta esa misma colina y desde ahí divisó a los alemanes en Sedan. ¿No es esto una coincidencia admirable, que además nos revela las incertidumbres del futuro y la necesidad de estar preparado para casi cualquier eventualidad?

Confío que perdonarán mis desarticuladas observaciones y permítanme expresarles mi agradecimiento por su amable atención. **MR**

George Catlett Marshall (1880-1959), oficial del Ejército de los EE.UU. y gran estadista, se recibió de la Escuela de Caballería de Infantería en el Fuerte Leavenworth en 1907 y de la Escuela de Estado Mayor del Ejército de los EE.UU. en 1908. En el momento de su discurso, Marshall era ayudante del general John J. Pershing, Jefe de Estado Mayor del Ejército. Puso en práctica lo que aprendió e inmediatamente, Marshall comenzó a aumentar las filas del Ejército y a reorganizar el Estado Mayor General cuando llegó a ser Jefe de Estado Mayor en septiembre de 1939. La visión y la energía de Marshall contribuyeron en gran parte a impulsar a los EE.UU. a entrar a la Segunda Guerra Mundial resguardados por un respaldo vigoroso sobre el cual erigir una fuerza armada muy bien preparada.